Laura Bellini



Un susurro bajo el peso de la seda

No todas las tensiones pueden ocultarse tras una cortina

Un susurro bajo el peso de la seda

No todas las tensiones pueden ocultarse tras una cortina

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384902486

ALL-IN Rafał Płonkowski

ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El límite de resistencia 12
Capítulo 2 - Las condiciones de la cercanía 23
Capítulo 3 - Lo que no se ve 35
Capítulo 4 - Entre palabras 47
Capítulo 5 - El derecho a decir no 59
Capítulo 6 - Una distancia segura 70
Capítulo 7 - Al otro lado del silencio 83
Capítulo 8 - Un lugar para dos 95
Capítulo 9 - El peso de la confianza 108
Capítulo 10 - Más allá de la prudencia 119
Capítulo 11 - Lo que permanece por la mañana 131
Capítulo 12 - El precio de lo que se calla 143
Capítulo 13 - Todo aquello que no se puede sacrificar 157
Capítulo 14 - La verdad entre nosotros 169
Capítulo 15 - La verdad tiene un precio 181
Capítulo 16 - La distancia que necesitamos 194
Capítulo 17 - Decisiones propias 204
Capítulo 18 - Una decisión que tiene un precio 214
Capítulo 19 - Lo que realmente se salvó 224
Capítulo 20 - Bajo el peso de la luz 235

INTRO

La seda no debería producir un sonido parecido al crujido de una hoja seca. Y, sin embargo, eso fue exactamente lo que oí cuando levanté el borde inferior de un vestido del siglo XIX y dejé que la luz recorriera su forro. Fue un sonido apenas perceptible, que noté más con las yemas de los dedos que con los oídos, pero bastó para que me quedara inmóvil.

Durante unos instantes contemplé la tela de color verde oscuro, cuyo brillo había conservado algo de su antiguo esplendor durante más de cien años. Después, deposité cuidadosamente el tejido sobre el soporte preparado. No volví a tocarlo hasta comprobar la lectura del higrómetro.

Cuarenta y uno por ciento.

Demasiado poco.

En la sala que estábamos preparando para una exposición de indumentaria histórica perteneciente a familias de industriales de Łódź, la humedad relativa debía ser algo más elevada y, sobre todo, estable. Sin embargo, desde aquella mañana había descendido siete puntos porcentuales. El sistema de climatización funcionaba con un zumbido uniforme, como si no estuviera ocurriendo nada fuera de lo normal.

—Otra vez —murmuré para mis adentros.

Mi voz resonó bajo el alto techo de la antigua nave industrial. Por los enormes ventanales entraba la luz de noviembre, fría e implacable con cualquier desperfecto. Al otro extremo de la sala, dos técnicos instalaban una vitrina cuyo marco metálico debía aportar elegancia

contemporánea a toda la exposición. Su elegancia me traía sin cuidado. Lo que me importaba era saber si las juntas cumplían realmente los parámetros establecidos en las especificaciones.

Llevaba nueve meses trabajando en un proyecto que debía abrirme el camino hacia mi propio taller de restauración textil. No quería otro puesto en una institución donde las decisiones se tomaban en reuniones de personas incapaces de distinguir el satén del tafetán. Quería mi propio taller. Con clientes elegidos por mí y una responsabilidad que no tuviera que compartir con gente más interesada en la fecha de una rueda de prensa que en el estado de conservación de una pieza histórica.

Tenía treinta y cuatro años, ahorros suficientes para mantener el negocio durante ocho meses y un contrato preliminar de alquiler firmado para un pequeño local en la calle Wschodnia. Solo me faltaba obtener la recomendación definitiva tras la conclusión de aquella exposición.

El teléfono vibró en el bolsillo de mi bata.

El mensaje de Hania, mi amiga y futura socia, incluía una fotografía de un local vacío con un enorme ventanal.

El propietario ha aceptado esperar hasta finales de mes. Después se lo alquilará a otra persona. Y, por favor, no te enamores de ningún problema de museo.

Sonreí a pesar de la tensión.

Hania me conocía desde hacía suficiente tiempo para saber que el peligro no tenía nada que ver con los hombres. Tenía que ver con los objetos que nadie quería salvar porque hacerlo exigía dinero, paciencia o reconocer un error.

Guardé el teléfono y volví al vestido.

A primera vista, era impresionante. Seda verde oscuro, aplicaciones hechas a mano y delicadas costuras que dibujaban motivos de pequeñas ramas. La prenda había pertenecido a Helena Wernicka, esposa de uno de los industriales de Łódź. Según la documentación conservada, la había llevado durante una recepción celebrada en 1896.

Sin embargo, no era el vestido lo que atraía mi atención.

Detrás, suspendida de una estructura independiente, colgaba una cortina procedente de la misma casa. Era pesada, del color del oro envejecido y estaba decorada con discretos bordados. Constituiría el elemento central del montaje previsto, un símbolo del mundo privado que las familias ocultaban a las miradas de la Łódź industrial.

Y era precisamente aquella cortina la que me inquietaba.

El día anterior había observado una ligera separación de las fibras cerca de la sujeción superior. Hoy el deterioro parecía mayor. No tanto como para que un visitante cualquiera pudiera advertirlo, pero sí lo suficiente para impedirme firmar tranquilamente el acta que autorizaba la exhibición de la pieza.

Me acerqué a la estructura y pedí a uno de los técnicos que desconectara la salida de aire situada encima de nuestro puesto de trabajo.

—¿Otra vez hay algún problema? —preguntó.

—Todavía no lo sé. Precisamente por eso quiero que dejemos de comportarnos como si todo estuviera bien.

El hombre suspiró, pero tomó su walkie-talkie.

Antes de que pudiera retirar la cubierta protectora, escuché pasos a mi espalda. Firmes, acompasados, sin

aquella prisa que desde hacía una semana parecía haberse contagiado a casi todos los empleados del museo.

—¿Señora Tatiana?

Me volví.

El hombre que estaba a unos pasos de mí llevaba un traje gris antracita sin corbata y una camisa blanca con el botón superior desabrochado. Era alto, aunque lo que llamaba la atención no era tanto su estatura como su porte. No recorría la sala con la mirada buscando a alguien más importante. Me observaba como si la conversación que estaba a punto de iniciar requiriera de verdad mi presencia.

—Depende de quién pregunte —respondí.

Una de las comisuras de sus labios se movió ligeramente.

—Leopold Ryś. Conservador responsable de la exposición.

Conocía aquel apellido por nuestra correspondencia. Aparecía al pie de los mensajes relacionados con los sucesivos plazos, la aprobación de las vitrinas y las invitaciones a la inauguración. Sin embargo, nunca nos habíamos conocido en persona. En mi imaginación, Leopold Ryś era un hombre de más de sesenta años, vestido con una chaqueta de tweed y que trataba el calendario de la exposición como si fuera un documento de importancia constitucional.

En cambio, frente a mí se encontraba un hombre al que calculé algo menos de cuarenta años. Tenía el cabello oscuro, con las primeras hebras plateadas en las sienes, y la mirada de alguien acostumbrado a fijarse en los detalles. No parecía una persona que renunciara fácilmente a sus convicciones.

—Entonces me alegro de que haya venido —dije—. Tenemos que hablar de la cortina de los Wernicki.

—Precisamente por eso estoy aquí.

Lo observé con mayor atención.

—¿Sabe que está dañada?

Durante un breve instante, su rostro permaneció inexpresivo.

—Sé que ha comunicado algunas reservas.

—He comunicado un cambio en el estado de conservación del tejido. Las reservas pueden tenerse sobre el color de las paredes.

No se ofendió. En lugar de hacerlo, se acercó a la estructura y se detuvo exactamente delante de la línea de seguridad marcada en el suelo. Lo advertí casi sin querer. La mayoría de las personas la cruzaba sin pensarlo, especialmente cuando pretendía demostrar cuánto les interesaba el patrimonio histórico.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

Le entregué las fotografías que había preparado con iluminación lateral. Las examinó durante un buen rato, alternando la mirada entre las imágenes y la pieza original. No fingía comprender más de lo que realmente entendía.

—¿Qué significa esta línea más clara? —preguntó finalmente.

—Un debilitamiento de los hilos de urdimbre. Por ahora es localizado. El problema es que el peso de la cortina ejerce tensión precisamente sobre esa zona.

—¿Podemos cambiar el sistema de sujeción?

—Tal vez. Pero primero tengo que determinar si las fibras soportarían alguna carga adicional.

Se enderezó lentamente.

—La inauguración está prevista dentro de once días.

—Lo sé. He visto el calendario.

—La dirección ya ha invitado a los asistentes, a los colaboradores y a los medios de comunicación.

—La seda no lee invitaciones, señor Ryś.

Esta vez sonrió de verdad. Fue una sonrisa breve, casi a pesar suyo. Me sorprendió cuánto le cambió el rostro. La severidad dejó paso a algo más cálido, peligrosamente humano.

—Leopold —me corrigió—. Ya que vamos a hablar de cosas que no respetan los calendarios.

—Tatiana.

No le tendí la mano. Llevaba guantes y entre nosotros había una pieza cuyo valor superaba todo lo que yo había ganado hasta entonces. Aun así, durante un instante tuve la impresión de que la ausencia de aquel gesto tan habitual había convertido nuestra presentación en algo más personal.

Leopold miró la cortina.

—Necesito que me entregue una evaluación sobre las posibilidades de asegurar la pieza. Por escrito.

—La tendrá cuando termine los análisis.

—¿Y si le digo que la necesito mañana?

—Le diré que el tiempo disponible no aumenta por el simple hecho de expresar un deseo.

Durante unos momentos permanecimos en silencio. De fondo se oyó el walkie-talkie del técnico y, en algún lugar

detrás de la pared, alguien arrastraba estructuras metálicas sobre el suelo.

Leopold podría haber terminado nuestra conversación con una orden formal. Podría haberme recordado el contrato, el presupuesto o las consecuencias de un retraso. En lugar de eso, examinó la doble costura situada junto al borde de la cortina.

—Esta parte fue reparada en algún momento —observó.

Asentí, sorprendida por lo acertado de su observación.

—Probablemente en los años treinta. Y es precisamente ahí donde comienza el problema.

—Entonces, por favor, enséñeme lo que todavía no soy capaz de ver.

No esperaba aquellas palabras. Especialmente pronunciadas con tanta tranquilidad, sin condescendencia y sin ningún intento de demostrar superioridad.

Me aparté para dejarle espacio junto al puesto de trabajo. Percibí el sutil aroma de su colonia, cálido, con notas de madera, completamente fuera de lugar en aquella sala fría. No se acercó más de lo necesario para examinar las fotografías. Aquella contención despertó mi interés mucho más que cualquier gesto atrevido.

Le señalé la zona deteriorada.

—Si inauguramos la exposición sin las medidas de protección adecuadas, podríamos perder un fragmento imposible de recuperar.

Leopold tardó mucho en responder.

—Y si no inauguramos la exposición —dijo finalmente—, podríamos perder algo por lo que se ha trabajado durante los últimos tres años.

No sonó como una amenaza. Más bien como el reconocimiento de que entre nosotros existía un problema mucho mayor que una sola cortina.

Lo miré. Seguía observando el tejido, pero cuando giró la cabeza, nuestras miradas se encontraron a muy poca distancia.

—¿Qué está dispuesto a sacrificar para cumplir el plazo? —pregunté en voz baja.

En sus ojos apareció algo que todavía no sabía identificar.

—Preferiría saber primero qué es lo que usted no me permitirá sacrificar.

En lugar de responder, volví la mirada hacia la seda. Durante toda mi vida profesional había confiado más en los objetos que en las personas. Un tejido deteriorado no fingía estar en buen estado cuando uno sabía dónde mirar. Las personas eran capaces de ocultar con mucho más cuidado los lugares por los que empezaban a romperse.

Y precisamente por eso me inquietó tanto descubrir que deseaba conocer la respuesta a una pregunta que no me atrevía a pronunciar: ¿sería capaz el hombre que estaba a mi lado de proteger lo verdaderamente importante si el precio resultaba ser la pérdida de aquello que él mismo más valoraba?

Capítulo 1 - El límite de resistencia

Lo primero que hice después de hablar con Leopold Ryś fue cerrar la puerta de la sala de preparación. Lo segundo, quitarme los guantes y anotar la hora en el diario de conservación. A las dieciséis veintitrés consideré que debían suspenderse los preparativos para exhibir la cortina dorada. Ninguna decisión del conservador, del director ni de los patrocinadores podía modificar las propiedades de las fibras de seda. Sin embargo, sí podía determinar si alguien acabaría destruyéndolas.

Extendí las fotografías sobre la mesa y amplié la última serie de imágenes. La separación de las fibras junto a la sujeción seguía una línea diagonal a lo largo de los hilos debilitados de la urdimbre. La antigua reparación, realizada con un hilo más oscuro, no era tan inocua como había parecido durante los exámenes anteriores. Sujetaba una parte del tejido con más fuerza que las demás, lo que provocaba que el peso de la cortina se distribuyera de manera desigual.

Estaba comparando las fotografías con la documentación de un mes antes cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dije sin apartar la mirada del monitor.

Leopold entró con dos carpetas de papel. Llevaba la chaqueta doblada sobre el antebrazo y las mangas de la camisa remangadas. Parecía menos formal que durante nuestra primera conversación, aunque seguía habiendo algo decidido en su manera de moverse.

—He traído la documentación del montaje anterior y el historial de conservación —anunció.

—Deberían estar en el archivo del proyecto.

—Lo están. Pero no se ha digitalizado todo.

Depositó las carpetas sobre un espacio libre de la mesa, evitando cuidadosamente mis herramientas. Aprecié aquella precaución, aunque no tenía intención de decírselo.

—¿Hasta qué punto es grave? —preguntó.

Giré el monitor hacia él.

—Peor de lo que pensaba esta mañana. Una reparación realizada hace varias décadas ha creado un punto de tensión. Con el sistema actual de suspensión, la pieza podría sufrir más daños.

—¿Podría sufrirlos o los sufrirá?

—No puedo predecirlo. Y precisamente por eso no debemos comprobarlo utilizando el original.

Acercó una silla, pero antes de sentarse me preguntó si me molestaba. Asentí. Durante los siguientes quince minutos aproximadamente analizamos fotografías, antiguos dibujos y la descripción del sistema de sujeción. Hacía preguntas concretas, sin intentar demostrar conocimientos de restauración que no poseía. Cuando no entendía algo, pedía que se lo explicara.

Aquello resultaba irritantemente atractivo.

No su rostro, aunque habría sido difícil fingir que no me había fijado en él. Tampoco su elegante camisa ni su voz serena. Lo que más me gustaba era su capacidad de escuchar sin interrumpir.

El problema apareció cuando pasamos a tomar decisiones.

—Podemos desplazar la vitrina e instalar una estructura adicional para descargar el peso —dijo—. Los técnicos tienen mañana cuatro horas libres antes de comenzar a montar la siguiente parte de la exposición.

—Todavía no sabemos si será seguro trasladar la cortina.

—¿Y si construimos la estructura sin mover la pieza?

—Primero tengo que comprobar el estado de todo el borde superior. Eso significa trabajar con el tejido extendido horizontalmente y completamente apoyado sobre una superficie adecuada.

Leopold cerró la carpeta.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Para el diagnóstico? Dos días. Para preparar una solución segura, quizá otros cinco. Y no prometo que después autorice la exhibición de la cortina.

—Tenemos once días hasta la inauguración.

—Diez, si contamos a partir de mañana.

—Lo sé, Tatiana.

Pronunció mi nombre con una tranquilidad casi suave. No encajaba con la tensión que comenzaba a crecer entre nosotros.

—Entonces deberías comprender que no voy a darte garantías que no tengo.

—No te estoy pidiendo garantías. Te estoy pidiendo un plan.

Me recosté en la silla.

—Mi plan consistía en terminar mañana la documentación, entregar el informe el viernes y dar por concluidos los trabajos sobre las piezas que se encuentran estables. Si

tenemos que salvar esta cortina, habrá que modificar todo el calendario.

—¿Qué estás dispuesta a posponer?

Pensé en el contrato de alquiler, en Hania y en nuestro futuro taller. Cada día adicional que pasara allí sería un día que no podría dedicar a conseguir mis propios clientes. Tenía derecho a exigir una remuneración por el trabajo extraordinario, pero el dinero no era el único problema.

—Esa no es la pregunta adecuada —respondí—. Primero establezcamos qué está dispuesto a cambiar el museo.

Leopold me observó atentamente.

—El alcance de los trabajos. La asignación de técnicos. El presupuesto para materiales. También podemos renunciar a una parte del montaje.

—¿Y la fecha de inauguración?

Guardó silencio un instante demasiado largo.

—Por ahora me gustaría mantenerla.

No levantó la voz. No intentó intimidarme. Sin embargo, en su respuesta percibí un límite que no estaba dispuesto a cruzar.

—Entonces quizá no consigamos llegar a un acuerdo.

Durante unos momentos me miró sin decir nada. Después se levantó y se acercó a la ventana. En el patio de la antigua fábrica se habían encendido las primeras farolas. Su luz se reflejaba sobre los ladrillos mojados y daba al edificio el aspecto de un lugar suspendido entre el pasado y el presente.

—Esta exposición no es solamente un acontecimiento social —dijo—. Hace tres años comenzamos con una

docena de piezas y una idea que nadie se tomaba en serio. Hoy tenemos más de cien objetos expuestos, préstamos de colecciones privadas y el interés de familias que durante décadas se negaron a compartir sus recuerdos.

—Comprendo su importancia.

—No estoy seguro de que comprendas todas las consecuencias de aplazarla.

Sentí una punzada de irritación.

—Y yo no estoy segura de que tú comprendas las consecuencias de exhibir una pieza frágil sin las medidas de protección adecuadas.

Se volvió hacia mí.

—Precisamente por eso estoy aquí.

Su voz había perdido la cortesía institucional. Por primera vez percibí un cansancio que antes no había advertido.

—No quiero destruir esa cortina, Tatiana.

—Te creo.

—¿Pero?

—Pero las buenas intenciones no fortalecen las fibras.

Durante un instante pareció dispuesto a responder con algo cortante. En lugar de eso, soltó una breve carcajada.

—¿Siempre eres tan implacable?

—Solo con las personas que intentan negociar con materiales más antiguos que sus propios abuelos.

—¿Eso significa que todavía tengo alguna posibilidad de recibir un trato más amable?

No esperaba aquella pregunta. Y mucho menos mi propia reacción.

—Depende de cómo te comportes.

Una sonrisa apareció lentamente en sus labios, sin ningún rastro de triunfo. Leopold apoyó una mano sobre el respaldo de la silla y de pronto comprendí que nuestra conversación había dejado de tratar exclusivamente sobre la cortina.

Aquello no duró mucho. Desde el pasillo llegó un estrépito repentino, seguido de la voz de un técnico.

—¡Señor conservador! ¡Tenemos un problema con el armazón!

Salimos casi al mismo tiempo.

Junto al puesto central, dos trabajadores intentaban estabilizar un elemento metálico de la estructura. Una de las sujeciones se había salido de su guía. El armazón no había llegado a tocar la pieza histórica, pero su parte inferior había descendido peligrosamente cerca de la cubierta protectora de la cortina.

—Por favor, no levanten nada —ordené con firmeza.

Leopold repitió inmediatamente la instrucción a los trabajadores. No intentó hacerse cargo de mis decisiones. Se ocupó de asegurar el espacio mientras yo comprobaba si la estructura había entrado en contacto con el tejido.

El borde superior de la cortina no había sido alcanzado por el metal. Sin embargo, advertí otra cosa: un pequeño desplazamiento del peso había provocado el estiramiento de una parte de la antigua costura.

—Tenemos que quitarle peso —dije.

—¿Ahora?

—Ahora.

Preparar un apoyo seguro nos llevó casi una hora. Ordené a los técnicos colocar una mesa amplia debajo de la estructura y extender sobre ella materiales de protección neutros. Con la ayuda de dos personas fuimos transfiriendo gradualmente el peso de la cortina hasta que la tela dejó de colgar libremente.

Leopold realizó exactamente las tareas que le indiqué. Cuando le pedí que sujetara el borde del soporte, lo hizo sin comentarios. Cuando le ordené apartarse, se apartó. En determinado momento, nuestras manos quedaron a ambos lados de la seda, separadas por una fina capa de tejido protector no tejido.

—Dos centímetros más —dije.

—¿Hacia tu lado?

—Sí. Despacio.

Me miró por encima del tejido.

—Confío en ti.

No respondí. Tenía que concentrarme en lo que estaba haciendo, pero aquellas dos palabras permanecieron en algún lugar bajo la superficie de mis pensamientos.

Cuando el último fragmento de la cortina quedó apoyado sobre la superficie, me permití respirar con tranquilidad. El deterioro no había aumentado durante la operación. Habíamos hecho todo lo posible para limitar nuevas tensiones.

Los técnicos se marcharon después de asegurar el puesto de trabajo. Yo me quedé junto a la mesa, completando la documentación. Leopold trajo dos vasos de agua de la habitación contigua.

—No sé si tomas café —dijo—. Pensé que el agua sería menos polémica.

Acepté el vaso.

—Buena decisión.

—¿La primera de hoy?

—Tampoco exageremos con las valoraciones.

Se sentó frente a mí. Durante unos momentos bebimos en silencio, contemplando el pesado tejido extendido sobre la mesa. De cerca, su color dorado presentaba numerosos matices, desde el tono de la miel pálida hasta las hendiduras casi marrones de los bordados.

—¿Por qué precisamente los tejidos? —preguntó.

Aquella pregunta sonó diferente de las anteriores. No tenía nada que ver con el calendario ni con la seguridad. Se refería a mí.

—Porque son capaces de conservar las huellas de personas que ya no pueden contar su historia —respondí—. La manera de hacer una reparación, un pliegue, una mancha. A veces una sola puntada dice más que un archivo entero.

—Suena como si confiaras más en los objetos que en las personas.

Lo miré.

—A menudo tengo motivos para hacerlo.

No intentó pedirme explicaciones. En lugar de eso, giró suavemente el vaso entre las manos.

—Mi padre coleccionaba fotografías antiguas de Łódź. No porque fueran valiosas. Quería saber qué aspecto tenían los lugares antes de que alguien decidiera que merecía la pena

cambiarlos. Cuando era niño me llevaba a pasear y me enseñaba edificios que ya habían desaparecido.

—¿Te hiciste conservador por tu padre?

—Entre otras cosas. Supongo que quería evitar que al menos algunas cosas desaparecieran sin dejar rastro.

Por primera vez vi en él algo más que al responsable de la exposición. Aquella necesidad de preservar el pasado me resultaba inquietantemente familiar. Nuestros métodos eran diferentes, pero quizá nuestras ambiciones nacían de un lugar parecido.

El teléfono de Leopold vibró sobre la mesa. En la pantalla apareció el nombre de la directora. Lo miró y después colocó el aparato boca abajo.

—¿No vas a contestar? —pregunté.

—La llamaré dentro de unos minutos.

—Podría ser algo relacionado con la exposición.

—Casi con toda seguridad lo es.

—¿Entonces?

Me observó con aquella sonrisa tranquila, difícil de descifrar.

—En este momento estoy hablando con alguien que tiene más importancia para ella que otra conversación sobre invitaciones.

No supe qué responder. Sus palabras podían ser simplemente una muestra de reconocimiento hacia mi trabajo. También podían significar algo que todavía no quería definir.

Dejé el vaso y abrí mi cuaderno.

—Mañana a las ocho empezaré los análisis detallados. Necesito dos personas que me ayuden, acceso a la documentación y la posibilidad de suspender los trabajos de montaje en esta parte de la sala.

—Tendrás todo lo que necesitas.

—Eso todavía no significa que esté de acuerdo con la fecha de inauguración.

—Lo sé.

Cerré el cuaderno.

—Y no pienso firmar nada bajo presión.

Leopold se levantó, pero no se dirigió inmediatamente hacia la salida.

—No te estoy pidiendo eso, Tatiana. Te pido que nos des la oportunidad de encontrar una solución.

Lo observé atentamente. En su rostro había cansancio, determinación y algo más que no conseguía separar de mi propia curiosidad.

—Una oportunidad —dije—. Bajo mis condiciones de seguridad.

Asintió.

—De acuerdo.

Cuando se marchó, me quedé sola junto a la mesa. La cortina permanecía inmóvil, liberada del peso que durante años había ido destruyendo lentamente su estructura.

Pensé que las personas a veces se parecían a ella. Se acostumbraban tanto a la tensión que dejaban de advertir cuándo comenzaba a debilitarlas.

Todavía no sabía cuánta tensión era capaz de soportar Leopold Ryś.

Solo sabía que a la mañana siguiente volveríamos a trabajar uno al lado del otro.

Y que, contra toda lógica, esperaba con ilusión aquel encuentro.

Capítulo 2 - Las condiciones de la cercanía

Al día siguiente llegué al museo veinte minutos antes de las ocho. En invierno, Łódź podía parecer una ciudad a la que alguien le había apagado los colores. Los adoquines mojados, las fachadas grises y el cielo suspendido a poca altura sobre los tejados componían un paisaje en el que incluso los ladrillos rojos de las antiguas fábricas parecían apagados.

Me gustaba aquella hora. La ciudad todavía no había empezado a acelerar y yo podía fingir durante unos instantes que el día me pertenecía por completo.

Delante de la entrada ya esperaba una entrega de materiales de conservación. Dos cajas de cartón, un rollo de tejido protector neutro y un paquete de soportes especializados descansaban sobre un carro de transporte. Junto a ellos estaba Leopold, hablando por teléfono.

No me vio inmediatamente.

—No puedo prometer que la cortina estará lista —decía con tranquilidad—. Puedo prometer que realizaremos un diagnóstico completo y presentaremos distintas opciones.

Hizo una pausa para escuchar la respuesta.

—Comprendo el plazo. También comprendo la responsabilidad que tenemos sobre la pieza.

Terminó la llamada y solo entonces reparó en mi presencia.

—Buenos días.

—Veo que empiezas la mañana haciendo diplomacia.

—Intentando conservar la calma.

—¿Con éxito?

—Todavía no lo sé. Apenas son las ocho.

Me abrió la puerta, pero no intentó quitarme la bolsa de herramientas. Aquella pequeña omisión despertó en mí más simpatía de la que debería. Estaba acostumbrada a hombres que consideraban que ayudar significaba actuar sin preguntar. Leopold parecía comprender la diferencia.

En el taller nos esperaban las dos personas asignadas al proyecto: Marta, una joven restauradora contratada por el museo, y Paweł, un técnico especializado en estructuras expositivas. Ambos conocían sus tareas. Leopold había preparado el puesto de trabajo siguiendo mi lista y, además, había proporcionado un segundo equipo de iluminación y acceso a una pequeña sala de documentación.

No podía reprocharle falta de organización.

—Antes de empezar —dije cuando todos ocuparon sus puestos—, vamos a establecer las normas. Nadie moverá el tejido sin que yo lo indique. Cualquier cambio de posición quedará documentado. Si observamos algún deterioro nuevo, interrumpiremos el trabajo.

Paweł asintió. Marta abrió su cuaderno.

Leopold permanecía junto a la puerta, escuchando atentamente.

—Esto también se aplica al conservador responsable —añadí.

—Especialmente al conservador responsable —respondió sin vacilar.

Marta ocultó una sonrisa.

Durante las siguientes tres horas trabajamos en la evaluación del estado de la cortina. Las fotografías tomadas con iluminación lateral revelaron zonas que no había advertido antes. Varios hilos de la urdimbre estaban debilitados a lo largo de más de diez centímetros y la antigua reparación provocaba un endurecimiento localizado del tejido.

No era una catástrofe. Era algo más difícil de gestionar: una pieza que seguía pareciendo hermosa, aunque su estado exigía precauciones.

Alrededor de las once, Leopold apareció con café para todo el equipo. Dejó los vasos sobre una mesa independiente, lejos de la pieza histórica, y preguntó si podíamos hablar cuando termináramos el examen.

—¿Sobre el calendario? —pregunté.

—Sobre el calendario y los límites de nuestra colaboración.

—Suena a negociación.

—Porque lo es.

No tenía motivos para negarme. Necesitaba acuerdos claros tanto como él. Sin embargo, no pensaba permitir que la conversación tuviera lugar delante de todo el equipo, donde resultaría demasiado fácil convertir argumentos razonables en una demostración de autoridad.

Nos reunimos una hora después en una pequeña sala de conferencias. Leopold llevó un plano impreso de la exposición y yo mi propia lista de condiciones. Extendimos los documentos a ambos lados de la mesa, como dos personas preparándose para firmar un alto el fuego.

—Empecemos por lo que ya sabemos —dijo.